

EL TESORO.

A LA PASION Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

DIOS.

En la cimja
del Calvario,
con dolores
infinitos,

dió su vida piadoso por el hombre;
redimió su perpétua esclavitud,
y el hombre sin cesar fiero le ultraja!
mengua eterna de eterna ingratitud!

Si con llanto
se formara,
de pesares
ancho mar,
tanta pena
no bastara
este crimen
á espiar!!
Ni aun el luto
secular!!!

Miradle angustiado,
sangriento espirar!

De rodillas, raza humana:

llora tu crueldad insana:

¡demándole perdon arrepentida;

vé con tus preces de su gracia en pos;

que bueno te guarda la célica vida

si lloras contrita la muerte de DIOS.

LA REDENCION.

Era allá en la Judea; pequeña region
casi perdida en inmenso territorio del im-
perio.

Era una ciudad que, reina de las ciu-
dades y señora de las gentes, se había
convertido en colonia tributaria.

Donde se había conservado á través de
los siglos el culto verdadero. Donde tenía
su asiento la religion mas espiritual que

hasta entonces se hubo conocido. Donde
una por una se habían ido cumpliendo
las predicciones de sus profetas.

Era en Jerusalem.

El sol había traspasado su cénit, y pre-
cipitado de los cielos como un monarca
de su asiento iba á esconder su humilla-
cion en los mares de occidente.

La tarde era tibia, como es tibia la
temperatura antes de desencadenarse el
huracan.



Sobre una pequeña eminencia próxima á la ciudad se alzaba un tosco monumento levantado pocas horas antes por las rudas manos de algunos sayones y verdugos. Consistía en seis maderos en cruz, donde agonizaban tres hombres criminales ó desgraciados. Era, al parecer, una manifestacion de la justicia humana, versátil entre el pueblo degenerado de David y Salomon, prevaricadora entre aquellos pontífices corrompidos, inícuo entre los fariseos, incompleta y pusilánime entre el mandatario de los Césares y sus cohortes.

Pero era en realidad un trono de inconmensurable gloria. Un manantial de agua viva en el desierto del mundo próxima á brotar fecundizando la tierra. Era la mas sublime expresion del Amor divino.

El Hijo del Dios increado, Dios increado tambien, tomó sobre sus hombros el peso abrumador de los crímenes de la humanidad, y va á satisfacerlos con su vida como el mas mísero de los mortales.

Escuchad en breves líneas su historia:

Ha nacido de una madre vírgen entre las humildes pajas de un establo para santificar la pobreza.

Ha vivido respetuoso, al lado de Aquella que lo concibió, para enseñarnos los deberes filiales.

Ha predicado para propagar su santa doctrina, y hacernos comprender la esencia de la virtud.

Ha curado leprosos y paralíticos; ha satisfecho á los que tenían hambre, y resucitado á los que habían dejado de existir, para ejercer su altísimo poder en provecho de los que tuvieron fé en su mision y en su palabra.

Despues, y cuando segun las escrituras el sublime drama tocaba á su desenlace, ha consentido en el triunfo que una torradiza multitud le preparaba.

Se ha dado como pan espiritual á sus discípulos, y su cuerpo y su sangre, por medio del mas inefable de los prodigios, viene alimentando en la fé á cuantos le reconocen y le siguen.

Ha sentido correr por sus fibras el miedo para que al Héroe por excelencia, al Señor y Dios de los ejércitos, al que lanza el rayo, sujeta al mar y apaga con su aliento los volcanes, no le quedara humillacion humana que sufrir. Miedo á la muerte, cuando es el Autor de la vida; miedo á ese último trance de la existencia, miedo de verse solo, miedo de creerse desamparado por su padre, miedo, en fin, que es la mas vergonzosa pasion de nuestro ser.

Ha experimentado á su lado la traicion, y sobre su rostro celestial se ha estampado tambien el mas impuro de los besos.

De ultraje en ultraje ha recorrido el camino de la iniquidad desde la casa de Anás hasta el Pretorio, y allí ha sufrido la mayor de las decepciones. Allí se ha visto negado, y, despues de negado, escarnecido.

Ha tomado sobre sus hombros la Cruz, y entre sayones y soldados extranjeros, ha regado con su sangre la calle de la Amargura.

Védle allí.

Ensangrentado y desnudo gobierna desde lo alto de ese instrumento de suplicio, el Universo.

Él rige las esferas y señala la órbita que han de recorrer los mundos.

Él, desde esa cruz, presta su límpido color al firmamento, su verdura á los bosques y los valles, al arroyo su dulcísimo murmullo, y su brisa refrigerante al mar.

Él dá su luz á las estrellas, su sombra á la enramada, su fertilidad al campo, sus bellísimas tintas al alba, y vierte el rocío en el cáliz de las flores esparciendo su perfume por la atmósfera.

Por Él viven los montes enhiestos y aplanadas las llanuras.

Por Él borda de espuma el Occéano el ceñidor que ajusta alrededor de los continentes y las islas.

Por Él modula el ruisenor sus suavísimos cantares, y arrulla sus amores la tórtola en la selva.

Por Él late apasionado el corazón de las madres

Por Él los padres sustentan y defienden á sus hijos.

Él, el Dios moribundo dispone su postrera voluntad desde la cruz también.

Lega una Madre amorosa al género humano, y la conjura á que nos patrocine y nos ampare.

Dá un lugar en el celeste paraíso al que padece á su lado y lo confiesa.

Pide perdón al Eterno por el deicidio que va á cometerse en su persona.

Y cuando todo está consumado, se rompen con fragor las cadenas del infierno, y brilla esplendente en los cielos la aurora de nuestra Redención.

Agustín González Ruano.

LA CRUZ.

¡Canto la Cruz! ¡Que se despierte el mundo!
¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
¡Que calle el Universo á mis acentos

Con silencio profundo!

¡Y tú, Supremo Autor de la armonía,
Que das sonido al mar, al viento, al ave,
Presta viril vigor á la voz mía,
Y en torrentes de austera poesía
El poder de tu Cruz deja que alabe!

Tiembla la tierra, se conmueve el cielo,
De este nombre al lanzar eco infinito,
Que aterroriza al inmortal precito

En su mansión de duelo!

¡Canto la Cruz! El ángel de rodillas
Postra á tal voz la inmaculada frente;
Tú, escelso Querubín, tu ciencia humillas,
Y del amor las altas maravillas
Absorto adora el Serafín ardiente.

¡Alzad, alzad vuestro pendón de gloria,
O de la fé, sublimes campeones!

Alzadlo, y á su sombra las naciones
Cantarán su victoria!

Alzadlo, que el clamor no le amedrenta
Que exhalen de impiedad negros vestiglos....

¡Sangre de un Dios por púrpura presenta,
Y por sagrado pedestal se asienta
En la cerviz de diez y nueve siglos!

¡Alzadlo vencedor! Esa es la enseña
Ante la cual temblaron las montañas,
La tumba abrió sus lóbregas entrañas,
Se quebrantó la peña!

Viéndola el Sol del Gólgota en la cumbre,
Lecho de muerte al Hijo del Eterno,
Veló asombrado la fulgente lumbre;
Y al ver cesar la antigua servidumbre
De la culpa de Adán, rugió el infierno!

Gertrudis Gómez de Avellaneda.

JESUS ESPIRANTE.

Cruza el azul horizonte
El astro-rey esplendente,
Y fulgura tristemente
Dejando ver á su luz
Una cúspide de un monte,
Cercado de turba impia,
Gozándose en la agonía
Del Justo que está en la Cruz.

Inclina la frente triste
El Hijo de Dios, en tanto
Que de su madre el quebranto
Viene á aumentar su ansiedad:
De la muerte el sello viste
Su ensangrentado semblante,
Y aun al morir anhelante
Adora á la humanidad.

Sangre mana de la herida
De su divino costado,
Y aquel pueblo despiadado
Frenético se burló,
Sin escuchar que transida
De dolores su alma hermosa,
Madre abatida y llorosa
Hondo lamento exhaló.

Incrédulos! no miraron
Que era aquella cruel herida
Fuente de perenne vida,
Manantial de bendición.
Y hasta, ingratos, se mofaron
Cuando aquel ungido hijo
A su eterno Padre dijo:
«Perdon para ellos, perdon.»

José Castroverde.

Abril.—1868.

DIOS.

Hé ahí el nombre á cuya sola enunciaci-
on los *creyentes* se descubren la cabeza y
doblan la rodilla!

Hé ahí el nombre que invocado, y re-
retido, y adorado en todos los siglos y por
todas las generaciones, representa y sinte-
tiza cuanto de grande, y sublime, y ma-
ravilloso le es dado comprender á la li-

mitada inteligencia humana!
 Dios! Principio y fin de todo.
 Dios! Inteligencia suprema.
 Dios! Amor infinito.
 Dios! Bondad sin límites.
 Dios! Poder invencible.
 Dios! Sabiduría increada.
 Dios! Misericordia inmensa.
 Dios! Omnipotencia suma.
 Dios! Trinidad augusta, é indivisible,
 fuente de vida, domador de la muerte....

La máquina armoniosa del universo y las inmutables leyes por que éste se rige, bastan á revelar de una manera harto elocuente su existencia.

Desde el hombre, su obra mas grande y perfecta, hasta el átomo microscópico que se cierne en el espacio, todo obedece á su voluntad, todo publica su poder, todo canta su grandeza.

Dios! Nombre mágico, consolador como una promesa, grato como una esperanza, que nuestra madre nos enseñó á pronunciar y que hemos invocado despues en todas nuestras tribulaciones.

Dios! Ser divino á cuyo sólio inmortal se elevan nuestros deseos por el hilo de oro de la plegaria, entre el perfume de la oracion.

El mar es su espejo, el cielo su palacio, los astros las chispas de oro que levanta al mover su planta, sirviéndole de alfombra.

Su nombre brilla en la luz del relámpago, en las llamas que vomitan los volcanes, entre los rayos del sol, entre la blanca espuma de la rugiente catarata.

Invisible do quier, presente en todas partes, Él, árbitro supremo de cuanto por su voluntad existe y á su querer se mueve; que abarca con su mirada los mundos lanzados al vacío; que pinta las flores, dándolas perfume; que enciende el rayo; que colora el iris; que aprisiona el mar entre menudos granos de arena; que borda de colores la piel del bruto; que dá pintadas plumas al ave; que provee al sustento de todos los seres: Él, que tiene por pedestal de su gloria la grandeza de

sus obras y la adoracion de todas las generaciones y que puso en el poema de la creacion el sello de su poder, depositó en la frente de la criatura la chispa sagrada de la inteligencia, no solo para sublimarla sobre los demás seres, sino tambien para que levantándose en espíritu solo hasta sus plantas, pudiera, aunque sin penetrar en el misterio de su existencia ni abismarse en el esplendor de su magestad, verle con los ojos de la fé y hacerse digno de sus eternas promesas.

Señor! solo el impío puede negar tu existencia, cuando todo la revela, cuando él mismo es la mayor prueba de que Tú existes.

Señor! yo te creo, te adoro y te confieso; y aunque la inteligencia con que Tú me ennobleciste es incapaz de comprenderte y mi lengua asaz torpe para ensalzarte, yo publicaré incesantemente tu nombre y cantaré tu grandeza.

Yo pienso; luego existo. Si Tú no existieras ¿cómo habría de existir yo, formado á tu semejanza, cuando Tú eres la vida?

M. J. Ruiz.

PENSAMIENTO.

Quién tuviera la voz de los torrentes
 O de la brisa el eco arrullador;
 Quién tuviera el murmurio de las fuentes

Para cantar á Dios!

Quién tuviera los dulces y suaves
 Rumores que la tarde desparció
 Y el cadencioso trino de las aves

Para cantar á Dios!...

Yo quisiera ser brisa, ser torrente,
 O de la tarde el plácido rumor,
 Trinar cual ave, ó murmurar cual fuente

Para cantarte ¡oh Dios!

Josefa Crespo.

Abril.—1868.

¡JERUSALEM!

Y ese incrédulo pueblo gime y llora

“y conoce, aunque tarde, su delito.

“Gime! que de tu fin llegó la hora,

“que estás ¡oh pueblo! por tu Dios maldito!”

Larra.

¿En qué, Jerusalem, piensas impía
 dando muerte á Jesus? ¿No te acobarda
 esa horrible maldad y alevosía
 que eterna maldicion para tí guarda?

¿No ves, Jerusalem, que ya tus muros por tu crimen se encuentran conmovidos, y en breve los verán ojos impuros á cenizas y escombros reducidos?

¿No te aterra la voz de las naciones contra tí sus ejércitos lanzando, ni el que mil denodados campeones tus hogares dó quier vayan talando?

¿No te llena de espanto ni intimida, ya que á tu ceguedad nada le arredra, que en escombros y polvo convertida en tí no quede *pedra sobre piedra*?

¡Desdichada ciudad! ¿qué es de tu suerte? Dó quiera sangre ves, dó quiera espinas, y un hálito infernal de luto y muerte exhala el polvo vil de tus ruinas!

¿Vés los cielos abrirse horrorizados lanzando sobre tí, ciudad precita, lluvia ardiente de rayos, que inflamados te anuncian que por Dios estás maldita?

De tu templo se rasga el velo santo, el violento huracan ya te derrumba, y en medio del estruendo y del espanto ves abrirse una tumba y otra tumba.

Te niega el sol su pura luz brillante que oculta entristecido entre las nieblas; noche amarga y cruel, horrorizante, tu esplendor cubre ya con sus tinieblas.

Que dás, Jerusalem, muerte afrentosa al Hijo-Dios con sin igual tortura, derramando la hiel que en tí rebosa en su sangre inocente, bella y pura.

¿Por qué ensañas así, ciudad impía, por tu crimen sujeta á males fijos, tu rigor con Jesus, que en la agonía aun pide compasion para tus hijos?

¿No es bastante á tu rabia los insultos que infame le prodigas? ¿No es bastante, á mas de tratamientos tan incultos, que escupas y enrojecas su semblante?

¿No calman tu furor esas espinas que á sus sienes sangrientas aprisionas, esas sienes purísimas, divinas, que por burla y escarnio las coronas?

En tí todo es furor, todo es locura, que á tus hijos la sed de sangre ciega, á la vez que Jesus, con gran dulzura, á su Padre por ellos pide y ruega.

Hélo allí sobre el Gólgota enclavado, destellando de gloria ardiente lumbre, cómo espéra la muerte resignado

de humildad siendo ejemplo y mansedumbre.

Hélo allí reclinando el débil cuello sobre el cárdeno pecho dolorido, por la espalda flotando su cabello de sudor y de sangre humedecido.

¿Y eres tú, gran Señor, aquel que un día, castigando mil torpes liviandades, fuego hiciste llover, que destruía de Sodoma y Gomorra las ciudades?

¿Y es tu brazo aquel brazo poderoso que del caos disipó las negras nieblas; que dió brillante luz al sol hermoso y á la noche misterios y tinieblas?

¿Y es tu voz esa voz atronadora que en el récio huracan potente brama, la que al mundo conmueve destructora si en la negra tormenta se derrama?

El es, que en esa Cruz, árbol precioso que en su sangre bañado dará flores, á muerte cruel se entrega cariñoso porque es divino amor de los amores.

El es, que en el madero reclinado y bebiendo la hiel de la amargura, á los hombres redime del pecado y en el cielo les dá dicha segura.

Que esa sangre purísima que vierte manantial es eterno de esperanza, y no bien moja el suelo se convierte en riquísima fuente de bonanza.

Fuente de salvacion, cuya pureza de los crímenes lava el súcio velo, y á los hombres dá paz y en su grandeza por herencia les lega el alto cielo.

¿Pero ya de Jesus el rostro hermoso desfigura la muerte despiadada, y su aliento glacial empaña ansioso el tranquilo brillar de su mirada!

Ya á la pura mansion dó el angel mora su espíritu se eleva... ¡estaba escrito!
¡Tiembra, Jerusalem, ciudad traidora, que estás ¡oh pueblo! por tu Dios maldito!

Joaquin Barasona y Candan.

LA SEMANA SANTA.

Hemos llegado á los dias en que la Iglesia católica, depositaria de la verdad eterna, conmemora con imponente solemnidad el voluntario sacrificio de Aquel

que la fundó sobre las ruinas del mundo pagano, dándole por indestructible base su celestial doctrina.

Nada tan conmovedor, magnífico y poético como todas y cada una de las ceremonias de la Iglesia en estos días consagrados á la meditacion y al recogimiento.

Ninguno de los que han nacido en el seno de la religion augusta que profesamos, cimentada en el amor, que es la caridad, la cadena de flores que uniendo los seres racionales forma la familia y la sociedad; ninguno de los que han fortalecido su espíritu en la fuente de agua viva del Evangelio, resumen y compendio de la verdad eterna, deja de sentirse en estos días profundamente conmovido ante el severo aparato con que el mundo cristiano conmemora la magnífica, la sublime, la inmortal epopeya del Calvario.

El silencio de las campanas, lenguas de bronce que llaman al cristiano á la oracion; el eco tristísimo de las religiosas salmodias, que traspasando la bóveda de los templos se eleva al cielo como un quejido de dolor ó como un grito arrancado al corazon por el arrepentimiento; el luto que se viste la Iglesia, como la esposa que llora la muerte del esposo; la adoracion de la cruz, afrentoso instrumento de muerte que vino á ser, desde el instante en que Jesus lo ennobleció y santificó con su sangre, la enseña triunfadora del cristianismo; la conduccion al monumento de la Eucaristía, en la que Cristo está y permanecerá con nosotros hasta la consumacion de los siglos, ceremonias son que agitando nuestro corazon y haciendo asomar las lágrimas á nuestros ojos, nos recuerdan el sacrificio del Dios-Hombre, el mas grande de cuantos han presenciado los siglos, y nos hacen adorar, elevándose nuestro espíritu en alas de la consoladora fé á la prometida patria celestial, los augustos é impenetrables misterios de la Redencion.

La Semana Mayor, ó Santa, en la cual nos hallamos, es una especie de poema, cada una de cuyas luctuosas páginas en-

cierra el riquísimo tesoro de una promesa; ó un sagrado monumento, cuya magnificencia no amenguan los siglos, colocado en el camino de las generaciones, para que éstas recuerden en su breve peregrinacion la sublime abnegacion y el infinito amor de Aquel que, por redimir las del pecado, se vistió la túnica de nuestra miserable naturaleza para ofrecerse á su Eterno Padre como víctima expiatoria en la cumbre del Calvario.

M. J. Ruiz.

Á LA VÍRGEN AL PIÉ DE LA CRUZ.

Perlas vertiendo que envidió la aurora,
Ved á María ante la Cruz divina;
Lánguida y sola cuando el sol declina,
Vedla cuán triste y delirante llora.

Victima del dolor que la devora,
Su débil frente sobre el pecho inclina,
Y en su angustia mortal ella imagina
Perdido el bien que con el alma adora.

Cuando una voz que anuncia la agonía,
Voz que precede al ¡ay! del moribundo,
Oye, que dulce y celestial decía:

«Calma, Señora, tu dolor profundo,
»Que una lágrima solo, Madre mia,
»Puede, si es tuya, redimir al mundo.»

José Gutierrez de la Vega.

ANTE LA CRUZ!

Haciendo del llanto alfombra,
Demanda á la Cruz piedad:
¡Si rica vás de verdad,
Dios, tras la celeste sombra,
Te perdone, Humanidad!

J. M. Marin.

Á MARÍA.

Stabat Mater dolorosa
juxta Crucem lacrimosa.

En la cumbre del Gólgota sagrado
Lágrimas vierte de dolor María,
Mirando el estertor de la agonía
Del humilde Jesus Crucificado.
No le asusta el fragor del trueno airado,

Ni el ronco acento de la mar bravía;
 Que en medio su deliquio, solo ansía
 De su inocente Abel morir al lado.
 ¡No lloreis, Sunamitis, Madre tierna,
 Que ese llanto mortal mi pecho hiere
 Al contemplar vuestro dolor profundo!
 ¡Y sabed que si el justo que gobierna
 El orbe todo, sobre el leño muere,
 Es para dar la salvacion al mundo!

M. J. Ruiz.

EL TRIUNFO DEL CRISTIANISMO.

Hace diez y nueve siglos que vino al mundo una nueva doctrina, brotando como modesta y sencilla planta al pié del árbol corrompido, cuyas raíces esclavizaban la tierra de uno á otro polo.

El que predicaba esa doctrina habia tenido por cuna un humilde pesebre; era hijo de un carpintero; en su edad madura, cuando su boca exhalaba torrentes de verdad, se comparaba con las aves, y decía: «Los pájaros tienen su nido, mas el Hijo del hombre no tiene donde reposar la cabeza.» Cumplida su mision, es decir, sembrada su palabra, dió su vida por la salvacion del mundo, y espiró en un afrentoso patíbulo entre dos criminales.

Esto sucedió en un oscuro rincon de la Judea, sometida entónces al poder romano. Poco despues la semilla brotaba fecundada; miles de discípulos daban su vida por la verdad y corrían gozosos al martirio; los Césares decretaban tan horribles como ineficaces persecuciones para estirpar la buena nueva que se anunciaba á los hombres; la palabra del humilde Galileo crecía sin cesar, destruía el carcomido imperio, y elevaba su trono espiritual en el mismo sitio desde donde se habia decretado su muerte: el Hijo del hombre era adorado en los altares, y al lado de estos penetraba en la sociedad una nueva sávia, y con ella la salvacion, la luz, la libertad, la civilizacion asentada en indestructible base.

El mundo pagano, resumen de todos los vicios, deificacion del absolutismo, se derrumbó para siempre, arrastrando con-

sigo su vergonzosa esclavitud, sus repugnantes bacanales, sus bárbaras fiestas; toda aquella inmunda orgía de cadenas, de sangre, de envilecimiento, que se celebraba bajo el orgulloso manto de los emperadores romanos.

El mundo antiguo desapareció como una sombra ante aquella luz, que fué creciendo hasta iluminar todos los corazones, alumbrar las conciencias y guiar á las sociedades.

El cristianismo no empleó para conseguir ese portentoso triunfo mas que la mansedumbre, la bondad, la fé. Llamábase en aquellos primeros y gloriosos tiempos fortaleza á la conciencia, muralla inexpugnable á la virtud, espada de la fé á la elocuente y sublime palabra de San Pablo.

El mundo antiguo pugnaba en vano entre dos extremos: entre el panteísmo asiático, que hacía de Dios la idea absorbente en que desaparecía y se anulaba el hombre, y el anárquico individualismo griego, en que Dios se rebajaba hasta la pasion humana. El cristianismo vino á realizar el problema de aquella filosofía impotente con el Hombre-Dios; idea sublime que une la tierra y el cielo, que dá dignidad al hombre, que exalta la razon humana y la abre un horizonte infinito en que se eleva desde el átomo al universo, desde la criatura al Creador.

El hombre se rehace interiormente, por decirlo así, con la nueva doctrina, y se purifica con el mandamiento de caridad, base del cristianismo, y cambia la faz social con la igualdad humana, que establece el amor fraternal.

El pueblo cristiano conmemora hoy, y nosotros con él, la muerte de Jesus, y cubre de luto su corazon al recordar la pasion y el suplicio del mártir del Gólgota, del Hijo de María, á quien el mundo debe la libertad, y cuyo espíritu vive inmortal al través de las generaciones; del Dios que resumia su doctrina en esta frase: *Un nuevo mandamiento os doy; que os améis unos á otros como yo os he amado.*

SOLEDAD DE MARÍA.

I.

Ya descendió del Gólgota sagrado
El justo que al humano redimió,
Y su divino cuerpo ensangrentado
La piedad en la tumba colocó.

No susurra en el bosque el aura leve
Ni se agitan las olas de la mar,
Natura silenciosa se conmueve
Y su silencio espresa su pesar.

Contempla absorta el deicidio horrible
Que delirante un pueblo cometió.
¿Qué fué, Jerusalén, de tu terrible
Encono, que á tal crimen te impulsó?

II.

Una mujer de mágica belleza
Arrodillada del madero al pié,
Abismada en su lánguida tristeza
Al hijo muerto delirante vé.

Una lágrima surca su megilla
Abrasando su rostro angelical,
Dolor y amor en su semblante brilla
Mas blanco que lucero matinal.

Es la reina del cielo en su amargura
Bendice sollozando al Salvador,
Y el mundo al contemplar su desventura
Se conmueve gimiendo de dolor.

Sola en tan tristes lúgubres momentos
Recuerda en su terrible soledad,
De los agudos múltiples tormentos
De su querido bien, la intensidad.

Yo demando tu amor, Madre y Señora;
Yo lamento angustiado tu dolor;
Mi pecho amante tus desdichas llora,
Implorando tu amparo bienhechor.

Sí, yo te adoro con sin par cariño
Mas que el aura á las flores del pensil,
Mas que á su madre el inocente niño,
Mas que las aves al risueño Abril.

Yo que te adoro y canto tu grandeza,
De hinojos á tus plantas con fervor,
Te ruego que me des la fortaleza
Que Dios te concediera en tu dolor.

Haz que vierta, Señora, el plectro mio
De rica inspiracion ancho raudal,
Y mi cancion convencerá al impio
Que desdeña tu gracia celestial.

José Castroverde.

Puerto de Sta. María.

POR LAS ORILLAS DEL JORDAN.

Por las orillas del Jordan van errantes
los camellos del árabe; sobre las colinas
de Sion oran los ministros de los falsos
dioses; los adoradores de Balaal se arro-
dillan sobre la roca del Sinaí... y en
aquel sitio, en aquel mismo sitio ¡oh gran
Dios! tu rayo duerme en silencio.

Aquí donde tu dedo trazó las tablas de
piedra, donde tu gloria se cubrió con su
manto de fuego... ¡no volverás á apare-
cer para herir de muerte al que te vea!

¡Oh! brille tu mirada en el fulgor de
tu rayo; arranca la lanza de la destroza-
da mano del opresor; ¿hasta cuándo la
tierra será hollada por los piés de los ti-
ranos? ¿Hasta cuándo permanecerá su
templo sin culto? ¡Oh Dios mio!

Lord Byron.

REGALOS.

*Lista de los números y suscritores á quienes
han correspondido los respectivos al mes
de Marzo.*

970.—D. José Casimiro Leal.—Córdo-
ba.—Una cama de hierro, ó un reloj de
plata.

1341.—D. Juan de Dios Montesinos.—
Córdoba.—Un neceser de señora.

5249.—D. Luis Herrera.—Cabra.—
Un alfiler de corbata.

1120.—D. Ramon Nochetto.—Córdo-
ba.—Una sortija de oro

1673.—D. Angel Gonzalez Serrano.—
Córdoba.—Un boton de oro para pe-
chera.

3743.—D. José Ballesteros.—Córdoba.
—Una cadena para reloj.

497.—D. Manuel Baena y Ruiz.—
Córdoba.—Un abanico.

731.—A la empresa.—Una escribanía
de metal.

939.—D.^a Dolores Galindo.—Córdo-
ba.—Un décimo de billete de diez reales.

1196.—D. José Alvarez Escosura.—
Córdoba.—Una suscripcion de trimestre,
grátis, á EL TESORO.

1398.—D.^a Agustina Perez Guzman.
—Córdoba.—Una caja de papel para car-
tas y 100 sobres.

1786.—D. Marcos Carrillo Dueñas.—
Córdoba.—Un décimo de billete.

3148.—D. Juan Solís Bioque.—Car-
pio.—Una novela.

3533.—D. Roque Aguado.—Córdoba.
—Una novela.

3880.—A la empresa.—Otra novela.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA:—1868.

Imprenta de *El Guadalquivir*, Pescadores, 17.